

MENSAJE DE BIENVENIDA DE NUESTRO PÁRROCO FRANCISCO

Con el permiso de la calva de alguno de mis compañeros voy a hablar desde aquí, (*D. Francisco se sitúa en el ambón, justo encima de los sacerdotes*) porque aquí me encuentro más a gusto y seguro. No quiero alargarme en exceso y estoy pensando sobre todo en los que habéis vivido la Eucaristía todo el rato de pie. A vosotros, en primer lugar os doy las gracias como al resto de los que estáis aquí y lo volveré a hacer, después.

Dos semanas antes de que D. Joaquín me llamara para comunicarme que había decidido que fuera vuestro párroco, quedé en Alcorcón con una persona con la que guardo muchísima amistad desde la época en la que fui seminarista en Santa Sofía. Después de celebrar misa en Cadalso, vine para acá y nos fuimos a tomar algo para ponernos al día. Esta persona me preguntó si alguna vez había pensado dónde me gustaría ir después de Rozas y yo le dije con toda la ingenuidad del mundo: Me encantaría volver a Alcorcón. Dos semanas después, cuando D. Joaquín me envió a Rozas -y los seminaristas lo saben-, me quedé prendado del lugar y le dije al Señor que si algún día quería que me volviese para allá, yo estaba dispuesto. Yo creo, D. Joaquín, que la próxima vez voy a desear ser capellán del Real Madrid. Incompatible no es, porque 'en el Madrid' hay mucha oveja perdida. Podría ayudarles y de paso vería algún partido.

Pero bueno, con esta anécdota graciosa, pero real quería empezar en primer lugar dándole las gracias a usted, D. Joaquín por haber pensado en mí para esta gran parroquia. Jamás se me olvidará la forma en la que usted me dijo que quería que yo fuera vuestro párroco, ni tampoco las palabras que me dijo. Me va a permitir que las comparta: "Ahora que vienen los mejores años sacerdotales de tu vida te voy a enviar una parroquia donde vas a disfrutar un montón". Y es lo que llevo haciendo desde el 2 de septiembre. Aterricé ese día y desde entonces no paro de sentir una alegría desbordante.

Por eso, en segundo lugar os tengo que dar las gracias a vosotros, mis parroquianos por cómo me habéis acogido desde el principio. Todo ha sido sencillísimo, como bien ha descrito D. Joaquín en la homilía. Y es que en esta parroquia cuánta gente buena hay y cuánta gente colaborando. Por eso, doy las gracias a todos, especialmente a los que habéis preparado esta misa en la que de alguna manera soy el protagonista. Pero todos sabemos que el protagonista es el Señor, que os ha mirado y ha pensado en este pobre siervo suyo para ser vuestro pastor.

Dar las gracias a las Comunidades Neocatecumenales, a la Renovación Carismática, a Acción Católica, al Movimiento Cursillos de Cristiandad, a la Asociación Pan de vida... Quiero dar las gracias a un grupo especial de la parroquia, el grupo de Rosario, que todos los días lo rezan y nos tiene ahí sujetos a la Virgen, a la Iglesia y que pasa desapercibido; al grupo de limpieza, con esas señoras que tantas

veces limpian la parroquia porque la usamos mucho, y eso es muy bueno. Su dedicación es digna de admiración; a los secretarios que como Manolo y Julio están ahí, como la cara visible de la parroquia, para acoger a todos los que vienen a ella; al grupo tan maravilloso y grande de jóvenes de esta parroquia, que si Dios quiere y la espalda me deja me iré con ellos la próxima semana a Guadalupe, a disfrutar.

No quiero alargarme en exceso... Pero me vais a perdonar porque es un momento muy especial y no quiero olvidarme de nadie. Quiero dar las gracias a alguien que hoy no ha podido estar y con quien hablé esta mañana. Lleva un par de días malito. Es vuestro anterior párroco, D. Carlos. Me hubiera encantado que estuviera aquí con vosotros. ¡Cómo os quiere!, de verdad, ¡cómo os quiere! Qué bien me habló de vosotros desde el principio y cuánta razón tenía. Nos acordamos de él hoy muy especialmente y le encomendamos al Señor.

Quiero dar las gracias también muy especialmente por el coadjutor que tenemos en esta parroquia, Alfredo, -que luego me echan la bronca por no llamarle por su nombre-, aunque es Pachús, ¿verdad? Yo creo que es el coadjutor que todo párroco quisiera tener a su lado. A pesar de ser del Atleti se merece estos aplausos y muchos más. Doy gracias a Dios por tenerle a mi lado porque ya éramos amigos, ‘rivales’ de toda la vida, desde que nos conocemos.

Quiero dar las gracias también a vuestro primer párroco, D. Antonio Soler que está aquí con nosotros. Me alegró muchísimo cuando me dijo que venía. Durante mi etapa como seminarista, allí en Santa Sofía, teníamos muchos jóvenes y veníamos aquí con los jóvenes de la parroquia. Por aquel entonces, ya le admiraba muchísimo. Me alegra poder a coger ahora su parroquia y todo el trabajo tan maravilloso que ha hecho desde su fundación. Agradezco mucho al Señor que estés aquí con nosotros.

Agradezco la presencia de todos estos hermanos sacerdotes que estáis aquí esta tarde. Me vais a permitir que nombre a alguno en especial, a los que han sido mis compañeros hasta ahora en el Colegio Seminario de Rozas. D. Miguel, el nuevo rector y Chachi, D. Carlos, que está con él y con los que están trabajando allí con ellos; a mi director espiritual, D. Alberto Royo, que es el que ha leído el nombramiento. Mi cura de jóvenes. Me confirmé con él cuando tenía 17 años y desde entonces no nos hemos separado nunca. Para mí ha sido un referente en todo momento junto a mis compañeros de curso, Javier Mairata y Manuel Alicea, compañeros de ordenación. Para que veas, Pachús... otro de mis amigos se llama Fernando Redondo, como un jugador del Real Madrid y es que el Señor sabe hacer muy bien las cosas.

Quiero dar las gracias también a todos los seminaristas que han venido a esta celebración y por supuesto, muy especialmente a cuatro que fueron mis chicos en Rozas y que se están preparando para ser sacerdotes: Elías, Álvaro Piñero, Arturo y Mateo, que se ordenan como diáconos el 12 de octubre. Para mí es una alegría, una satisfacción y un orgullo tenerlos aquí con nosotros.

Doy gracias a mi familia y por supuesto a mis padres, Paloma y Agustín; a mis hermanos Paloma y Jesús; a mis cuñados, Julio y Noelia que está con el pequeño Darío, a mi sobrino Gonzalo, que ya habéis visto que ha salido escopetado a darme la paz al altar. Es un pieza, es mi ahijado. Gracias a mi otro sobrino Samuel, que ha hecho ya la 1 comunión y al hermano de mi cuñado, David; a la madre de mi cuñada y especialmente a las madres de Carlos Tovar y de Javier Mairata, que son para mí como dos madres... Muchísimas gracias, familia mía por todo el apoyo en estos 15 años de mi sacerdocio. Rozas estaba muy lejos, ¿verdad? Y no hay coche, pero ahora tenemos el tren y el metro y vais a ser uno más aquí en esta parroquia, como veis tan maravillosa.

Gracias también personalizada a quiénes venís de los pueblos que he dejado atrás, vinculados al seminario donde estos 11 años tanto he estado con vosotros y me ha hecho una ilusión tremenda que estéis aquí: Rozas de Puerto Real, Cadalso de los Vidrios, Cenicientos, Pelayos de la Presa y creo que también hay algún feligrés de la parroquia a la que fui antes de ir a Rozas de Puerto Real, la del Parque Miraflores, en Fuenlabrada. A todos esos que estáis aquí presentes los nombraría uno a uno porque mi corazón salta de gozo y está lleno de agradecimiento al Señor por este regalo.

No quiero olvidarme de Javier, el concejal y Presidente de la Junta del distrito, que viene en nombre de David, nuestro alcalde. Es que soy amigo de David por Twitter desde hace muchos años, entonces le invité y no ha podido venir. Tenemos un alcalde que es cristiano y católico al que yo en Twitter he visto defender todo. Por eso lo considero un amigo y más que una formalidad. Por eso ahora mismo le das las gracias, D. Javier, en mi nombre, como amigo personal de Twitter.

Voy concluyendo. Hace casi 15 años comenzaba mi ministerio sacerdotal poniéndolo en las manos y en el Corazón Inmaculado de María, bajo mi lema sacerdotal *Porque nada hay imposible para Dios*, palabras que como bien sabemos la Virgen escuchó por boca del arcángel Gabriel para confirmar desde la alegría más profunda el milagro que estaba ocurriendo en su interior, al convertirse en nada más y nada menos que en la Madre del Hijo de Dios. Hoy al convertirme oficialmente en vuestro párroco y haber renovado las promesas sacerdotales digo sí como María le dijo al Señor para ser vuestro pastor. Hoy resuenan como nunca esas palabras en mi corazón y como ella le canto el Magnificat: Proclama mi alma la grandeza del Señor. Te alabo y te bendigo por su elección. Lo único que deseo es ser vuestro y que cada segundo, cada minuto, cada día, cada mes, cada año que esté aquí podáis encontrar en mí al mismo Jesucristo, presente entre nosotros, como nos decía tan bellamente D. Joaquín en la homilía.

Quiero pedir os perdón anticipadamente, con humildad porque como también decía D. Joaquín, soy un pobre hombre, un pobre sacerdote, un pobre pecador y seguramente tendré fallos, por mi debilidad. Pero porque creo firmemente que nada es imposible para Dios, siempre fieles a nuestra madre nos van a cuidar mucho, para que juntos, viviendo la fe en esta comunidad demos gloria a Dios y muchos frutos de santidad. Por eso os pido que hoy especialmente y siempre recéis por mí, vuestro párroco. Así me ayudaréis de la mejor manera posible a cumplir mi misión.

Pongo ahora para finalizar, -cómo no, lo mejor siempre está para el final-según la espiritualidad del minuto 93, mi consagración a nuestra Madre la Virgen y a Ella le quiero decir, ¡oh, Señora mía! ¡oh, Madre mía! yo me ofrezco del todo a ti y en prueba de mi afecto te consagro en esta tarde noche mi parroquia, mi ministerio sacerdotal como párroco y todo mi ser, ya que soy y somos todos tuyos, ¡oh, Madre de bondad guárdanos como parroquia y defiéndenos como seguidores de tu Hijo e hijos tuyos!

Amén. Que así sea.

Con profundo afecto.

Francisco, vuestro párroco.